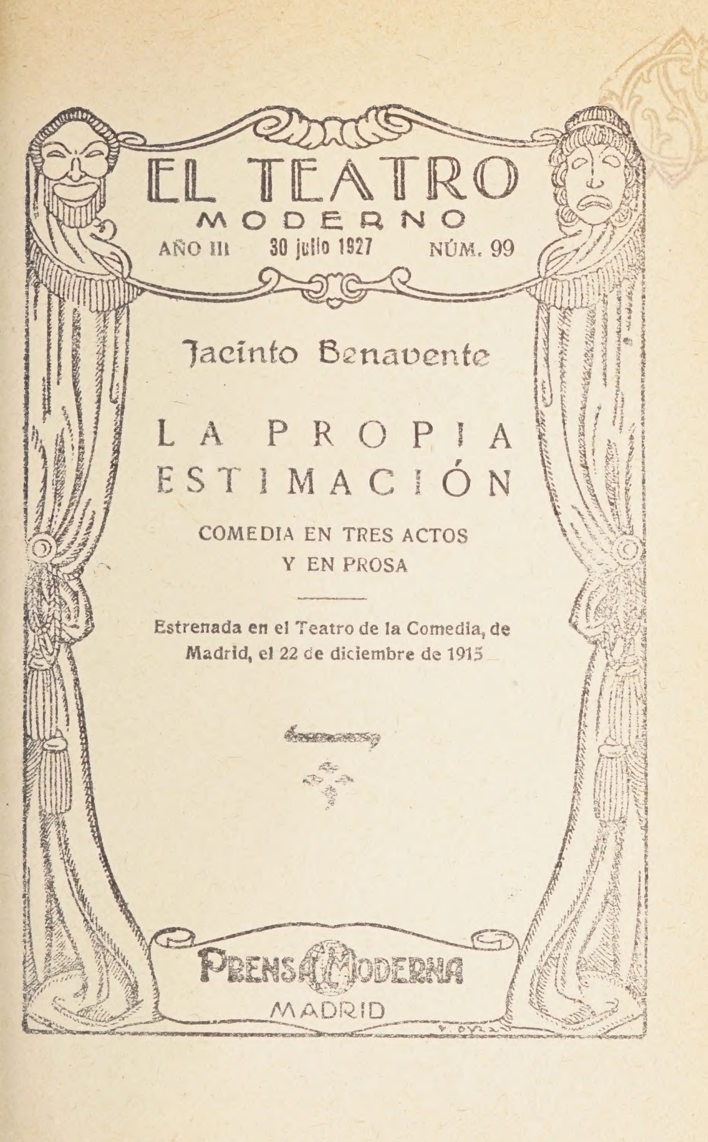
EL TEATRO
MODERNO



50 CENTIMOS

LA PROPIA ESTIMACIÓN



EL TEATRO MODERNO

AÑO III 30 julio 1927 NÚM. 99

Jacinto Benavente

LA PROPIA ESTIMACIÓN

COMEDIA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 22 de diciembre de 1915

PRENSA MODERNA
MADRID



JUAN BONAFÉ

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Angeles	*Srta.*	*Pérez de Vargas.*
Josefina	»	*Carbone.*
Aurelio	*Sr.*	*Bonafé.*
Joaquín	»	*González.*
Pepe	»	*Romea.*
Leoncio	»	*Delgado.*
Un Criado	»	*Insúa.*

ACTO PRIMERO

Sala con vistas a un jardín.

ESCENA I

Aurelio y *Joaquín.*

JOAQUIN.—Por ahora yo no colocaría ese dinero. Es verdad que de todas partes se ofrece al capital colocaciones ventajosas. Eso mismo demuestra lo que vale y significa el dinero en estos momentos. No se regatea al solicitarlo; pero, después, ¿podrá mantenerse lo ofrecido? Es difícil... Yo que tú... ¡También soy inocente!

AURELIO.—Perdona... ¿Decías?...

JOAQUIN.—Que también soy yo inocente.

AURELIO.—¿Inocente?...

JOAQUIN.—Por creer que me consultabas en serio. Aunque, bien mirado, más inocente eres tú por creer que conmigo necesitas disimular.

AURELIO.—¿Disimular yo?...

JOAQUIN.—Anda, sigue, sigue... Aunque no sea más que con los ojos.

AURELIO.—¿Con los ojos?... ¿Seguir?... ¿Qué estás diciendo?

JOAQUIN.—Aurelio de mi alma, hermano y amigo mío... ¡Si nos hubiéramos conocido hoy!... No nos hemos visto durante estos dos años que ha durado tu ausencia; pero esos años más y mucho más dinero con ellos, no son para que hayas cambiado en nada; mucho menos en cuestión de faldas, en que los años significan experiencias, y el dinero facilidades... A propósito: ahí tienes una buena colocación para tu dinero.

AURELIO.—¿Qué dices? ¡Ah! Pero ¿tú has creído que...?

JOAQUIN.—Que te ha gustado una barbaridad nuestra

amiguita. ¿Tú crees que un almuerzo no basta para enterarse de esas cosas? Me he enterado yo, se ha enterado ella, se habrán enterado los criados... La única que no se ha enterado ni se enteraría nunca es tu hermana, esa mujercita mía que no se entera nunca de nada malo. Yo la llamo el ángel de la calumnia, porque como otros defectos y maldades, ella le inventa virtudes y perfecciones a todo el mundo. Es un modo de calumniar como otro cualquiera.

AURELIO.—La verdad es que... es una traición convidarle a uno a almorzar en familia y a una sola mujer tan guapa. ¡No hay modo de disimular!

JOAQUIN.—Verdad que es muy guapa... Pero tú ya la conocías.

AURELIO.—Sí; figúrate..., tan amiga de mis hermanas, de Josefina sobre todo... Debíamos tutearnos..., nos hemos tuteado; pero dejamos de vernos; yo, con mis viajes; ella, que al morir sus padres se fué a vivir con una tía suya, una señora muy rara... Aunque te diré, de muchacha no era para llamar la atención; monilla, sí; pero una de tantas niñas cursis... Luego la pobre vestida por el figurín de su tía... Los padres no estaban en muy buena posición; la tía, sí; viuda sin hijos... Se lo habrá dejado todo a esta muchacha, no tenía otros sobrinos... De modo que esta muchacha debe estar hoy muy bien... Y ahora que puede vestirse a gusto suyo, ya se ve que sabe vestirse.

JOAQUIN.—Ese vestido, como otras muchas cosas, es un regalo de Josefina... No quiero decir con esto que ella no tenga buen gusto; quiero decir que, contra lo que tú supones, la pobre no está en posición muy brillante. Su tía no le dejó nada. Con el pretexto de que la pobre muchacha no se había casado a gusto suyo... Te advierto que si había de ser a gusto de la tía, no se hubiera casado nunca. Buena era la señora, según dicen todos los que la conocieron; yo no tuve ese disgusto; pero, en fin, con decirte que Josefina no ha podido calumniarla nunca... El caso es que al morir la buena señora se encontraron con un testamento extravagante, y a su sobrina nada, ni un mal recuerdo... Así es que el ma-

trimonio yo no sé cómo vive... Es decir, sí lo sé: con mil apuros.

AURELIO.—¿Qué hace el marido?

JOAQUIN.—El marido es un botarate. Hoy has podido conocerle; le teníamos convidado también; pero, ya has oído a su mujer: no ha podido venir porque está muy ocupado... Negocios... Proyectos de negocios. Nunca pasa de los proyectos. Y aun eso, desde las cinco de la tarde en adelante. Hoy no ha venido con su mujer, primero por no levantarse; después por un reparillo de vergüenza. Cometí la tontería, por tu hermana y por su pobre mujer, de recomendarle a una agencia comercial, una buena colocación... A los tres días tuvieron que despedirle. Me dejó en ridículo. No me volverá a suceder.

AURELIO.—Entonces, ¿de qué viven? Ella no parece muy preocupada por su situación. ¿Cuentas con algo?

JOAQUIN.—El marido, al casarse, tenía algún dinerillo que había heredado de sus padres. Pero nada; se dieron muy buena vida dos o tres meses, él proyectó algunos negocios y... cada vez que proyecta uno de esos grandes negocios, empieza a gastar a cuenta como si ya gastara de las ganancias; así es que hoy no creo que les quede nada; los proyectos del marido y, esto no te lo digo para desanimarte, los proyectos que pueda tener su mujer.

AURELIO.—¡Ah, vamos!... ¿Tú crees...?

JOAQUIN.—De ella sola pudiera temerse mucho; de ella con ese marido puede esperarse todo. Y aquí termina mi complicidad, porque como tu hermana sospechara que yo me había atrevido a dudar de la virtud de su amiga y que tú estabas muy dispuesto a sacarme de dudas...

AURELIO.—¿Yo? No. ¡Qué disparate! Una cosa es admirar como espectador y otra... A mis años.

JOAQUIN.—¿A tus años? Los mejores para ese género de empresas; hay respetabilidad, garantías... Pero, ¡guarda, que no es muy lucido mi papel de facilitón! Como tu hermana supiera... Y es que, la verdad, la situación y el carácter de esa muchacha son muy interesantes. Ella está muy enamorada de su marido; no tolera

que nadie le hable mal de él; es una leona para defenderle.

AURELIO.—Eso, si no fuera una prueba de cariño, lo sería, por lo menos, de buena educación.

JOAQUIN.—Es posible; pero yo he compuesto mi tipo de otra manera: creo que esa ceguedad apasionada es indicio de un cariño... físico, digámoslo así; gratitud al iniciador.

AURELIO.—De cualquier modo, venimos a parar en que está muy enamorada de su marido.

JOAQUIN.—Y en que por él sería capaz de todos los sacrificios. Y, como por culpa de él, esos sacrificios serán muy pronto necesarios, en la misma violencia de su cariño hallará la mejor razón para sacrificarse.

AURELIO.—¿Estás seguro de ello?

JOAQUIN.—Esa mujer es una voluntad fuerte sometida a una gran pasión; cuando esas voluntades fuertes se someten, hasta en su sumisión hay entereza. No van como los débiles en curvas oscilantes de lo bueno a lo malo, no; con lo bueno y lo malo trazan una sola línea recta, la línea de su vida en que el bien y el mal se compenetran hasta confundirse; hasta hacernos perder la conciencia de lo bueno y lo malo en un sentimiento de admiración, como ante una obra de arte perfecta.

AURELIO.—Quieres decir que esa mujer, en fuerza de serle fiel a su marido, llegaría por él a la infidelidad... Parece una humorada de Campoamor.

JOAQUIN.—Una humorada del corazón femenino, que es el primer humorista del mundo. Pero confiesa que esa mujer te ha interesado.

AURELIO.—Como una sorpresa. Me ha sorprendido su transformación... de aquella muchacha insignificante a esta mujer de ahora. Pero no pienses que me dispongo a ser el personaje que falta en esa novela psicológica que has planeado con tanta perspicacia. En primer lugar, basta que sea tan amiga de Josefina; después, que a mis años empiezan a ser peligrosas estas aventuras. El corazón va débil, propende al sentimentalismo... Y a mi edad estas crisis sentimentales son de una trágica ridiculez.

ESCENA II

Dichos, Angeles y Josefina.

JOAQUIN.—¿Han paseado ustedes por el jardín?

ANGELES.—Es una delicia; tan bien cuidado. Si yo tuviera una casa como ésta no saldría nunca.

JOSEFINA.—¿Estaba hoy bueno el café?

AURELIO.—Excelente.

ANGELES.—Me decido a tomar una tacita.

JOSEFINA.—Como antes dijiste que no tenías costumbre, no insistí en ofrecértelo.

ANGELES.—Como vi que tú no lo tomabas... y te he oído decir siempre que no te merece el mejor concepto una mujer que toma café o bebe cerveza o fuma.

JOSEFINA.—¿Y te has privado por eso? Es una apreciación mía que Dios me libre de imponer a nadie. Yo me he criado a la antigua española; tú lo sabes. Confieso y comulgo cuando tengo que hacer un viaje; el tren me asusta como les asustaba a mis abuelitas; el automóvil me parece una invención infernal, y no puedo abrir un telegrama sin sobrecogerme; si te digo que en invierno llevo refajo, vas a reírte; las modistas sienten por mí un desprecio infinito... No, deja; ese café estará ya frío; voy a decir que preparen otro. *(Toca un timbre, sale un Criado al que Josefina da órdenes. Vase el Criado.)* Si te gusta no te prives tampoco del cigarrillo; yo no me asusto.

ANGELES.—Entonces me descaro del todo; porque la verdad es que me gusta mucho.

JOSEFINA.—Aquí tienes egipcios, rusos...

ANGELES.—Cualquiera es bueno... Gracias... Por más que digas, me miras asustada; ya sé que no es por lo inusitado en sociedad; es por lo inusitado en mí, que también estoy educada, como tú, a la antigua; pero a ti te educaron con dulzura, mimada por todos; a mí, con rigor extremado, injusto muchas veces...; a ti no te contrariaron nunca; por eso al ser como eres estás segura de que eres así por tu voluntad. Yo he necesitado cambiar en absoluto mi modo de ser para darme cuen-

ta de que tenía una voluntad. Y nadie como yo puede saber lo que vale y lo que cuesta tener voluntad propia. Por tener voluntad sería hoy la mujer más feliz de este mundo, si el tener voluntad no me hubiera costado lo único que me falta para ser feliz.

JOSEFINA.—Sí; por tener voluntad te casaste con el hombre que tú querías, al que tanto quieres; por tener voluntad perdiste una buena herencia.

ANGELES.—¡Cómo ha de ser! ¿Con qué menos ha de pagarse mucha felicidad que con ese poco que le falta para ser toda la felicidad?

JOSEFINA.—Sois muy jóvenes; tu marido es emprendedor, y bien aconsejado podrá ganar dinero.

ANGELES.—Yo no soy ambiciosa. Sólo deseo la tranquilidad de una posición segura, por modesta que sea; saber a qué atenerse y atenerse a ello, no es mucho ambicionar. Lo que yo no quiero es ver a mi marido inquieto, preocupado... El sólo desea trabajar, trabajar cuanto sea preciso. Estaba tan contento con la colocación que le había proporcionado tu marido... No tienes idea de su disgusto cuando se vió obligado a despedirse; está enfermo desde ese día... A propósito, no dejes de hablar con tu marido; yo sé que no le han dicho la verdad; cree que la culpa ha sido de Pepe.

JOSEFINA.—No; ya se hace cargo...

ANGELES.—Sí, sí; apenas me ha preguntado por él; dos o tres veces he querido explicarle la verdad de lo ocurrido, y ha cambiado la conversación como si no quisiera saber nada. Háblale tú; yo no me atrevo a insistir.

JOSEFINA.—Descuida. Joaquín es muy bueno; sólo que como él ha trabajado y ha luchado tanto en la vida, suele ser un poco exigente con los demás... Aquí tienes el café. ¿Queréis otra tacita?

JOAQUÍN.—Si está como el primero que hemos tomado.

JOSEFINA.—Vosotros diréis.

AURELIO.—Para mí sin azúcar, como de costumbre.

ANGELES.—¡Delicioso! Y soy autoridad. En casa no lo prepara nadie más que yo. Por supuesto, no es sólo el café; estoy hecha una cocinera. Pepe es tan delicado... y cuando no se puede gastar mucho... Te asom-

brarías si vieras las combinaciones que yo hago con muy poco dinero; verdaderos juegos de prestidigitación.

JOSEFINA.—Pero tú estás contenta.

ANGELES.—¡Pepe es tan bueno... y nos queremos tanto!... Con muy poco, con muy poco dinero, seríamos tan felices, tan felices, que cuando lo pienso, ¿podrás creerlo?, me asusta pensar en tanta felicidad. Me asusta porque pienso en seguida: si no puede ser, tanta felicidad no sería cosa de este mundo, algo malo tendría que sucedernos... Y pienso en mil desgracias, enfermedades, la muerte, cosas horribles... Así es que cuando me pongo a pedirle a Dios ese poquitín de dinero que nos falta, siempre le ofrezco algo para que vea que no lo quiero todo; por ejemplo, me resigno a no vivir en Madrid, me resigno a tener que separarme de Pepe algunas veces, si él tuviera que viajar por sus ocupaciones... Hasta me resignaría a que él me quisiera un poquito menos... Es decir, a que no tuviera tanto tiempo libre para quererme; con eso bastaría para que yo creyese que me quería menos y me atormentase como si fuera verdad... Aunque yo sabría que no lo era.

JOSEFINA.—Criatura, eso es querer engañar a Dios.

ANGELES.—Es que yo estaría tan triste como si fuera verdad.

JOSEFINA.—¡Pobre Angeles! Eres muy buena; Dios ha de oírte; y por mi parte hablaré a Joaquín, a mi hermano; no descansaré hasta que consigamos algo para tu marido.

ANGELES.—De Joaquín es difícil después de lo ocurrido... Y tu hermano, ¿crees...?

JOSEFINA.—Veremos... Mira, voy a plantear la cuestión ahora mismo; las cosas hay que hacerlas así.

ANGELES.—Pues como tú quieras... Yo sé que Dios no ha podido elegir mejor corazón que el tuyo para escucharme.

JOSEFINA.—Joaquín...

JOAQUIN.—Josefina...

JOSEFINA.—Tú sabes lo que yo quiero a Angeles; no voy a decirte delante de ella lo que ella sabe muy bien que te he dicho siempre en ausencia suya; que es para mí como una hermana muy querida.

ANGELES.—¡Josefina!

JOSEFINA.—Angeles está muy disgustada. Cree que tú estás enfadado con su marido.

JOAQUIN.—¿Enfadado? No.

ANGELES.—Sí, sí... Y tendría usted mucha razón si Pepe hubiera tenido la culpa; pero le han informado a usted mal... Yo se lo aseguro.

JOAQUIN.—No dudo que usted estará mejor informada que yo. A mí me han informado aquellos señores; a usted, su marido. Las versiones no concuerdan seguramente. Sería lamentable, por lo que usted quiere a su marido, que no le creyera usted a él más que a mí...

ANGELES.—La ironía es muy delicada... Pero yo le aseguro a usted que le han engañado, que no ha sido culpa de Pepe... Si no es culpa tener dignidad...

JOAQUIN.—¡Vamos!... Ya empieza a vislumbrarse un principio de culpa... ¡La dignidad! El jefe que, malhumorado o impaciente, da una orden o hace una observación en tono..., convengo en ello, no del mejor tono; su marido de usted que le replica destemplado, en nombre de la buena educación... ¿No es eso? ¡Ay, amiga mía, un lugar donde se trabaja y se lucha por la vida, no es un salón de baile, ni los negocios se tratan como una figura de minué o de cotillón...

JOSEFINA.—¡Joaquín!...

ANGELES.—No; si no me ofende... Usted cree que Pepe es un señorito inútil, nada más que eso, un señorito inútil.

JOAQUIN.—¿Inútil? No. Sólo creo que si no puede vivir como vive, necesita acostumbrarse a otra vida y ha de costarle mucho trabajo. Pepe, hoy por hoy, es eso..., un señorito; el señorito español, lastimoso resto del antiguo hidalgo... Muy impuesto en puntillos de honra, de honor..., de dignidad... Que el jefe habló con brusquedad... ¿Es motivo para perder una situación como no volverá a encontrar otra, y si la encuentra volvería a perderla por el mismo motivo? ¡Si yo hubiera dejado puestos y cargos por descortesías y malos modos de jefes y principales!... Pero ¿sabe usted lo que yo hacía en esos casos? Ponía mi orgullo en sentirme tan diferente del grosero que me insultaba, que no hubiera creído hu-

miliarle tanto con otra grosería como con mi silencio y con mi obediencia... Y, la verdad, yo tengo observado que todos los que no pueden tolerar una mala palabra de sus superiores, son los que más suelen prodigarlas con los inferiores... Usted habrá visto a muchos de esos señoritos, que no toleran groserías de nadie, como ellos dicen, como suelen tratar a los criados en su casa, en sus círculos, a cualquiera que no les sirva a su gusto, por torpeza o por descuido... Su marido de usted no se incomoda nunca, y cuando se incomoda, ¿no se olvida un poco de su exquisita educación?

JOSEFINA.—Pero, Joaquín. ¡Qué severidad! ¡Pobre Angeles!

JOAQUIN.—Perdone usted... Conozco la situación de ustedes, me intereso mucho por ustedes... Creía haberles asegurado una situación... Mentiría si no dijera que la conducta de Pepe me ha disgustado.

ANGELES.—Pero es usted injusto en este caso. Pepe no ha cometido una ligereza... Es que usted no sabe, a usted no le han dicho... No fué una impertinencia cualquiera; no fué una brusquedad... Fué un insulto. Yo no hubiera querido decírselo a usted; pero es usted injusto con mi marido... Una tarde iba yo con él, pasó ese señor, uno de los jefes, nos saludó, le saludamos... Al otro día, al entrar Pepe en su despacho, le preguntó por mí... "Tiene usted una mujer muy guapa..." Ya era una impertinencia. Pero aún no era bastante; después, la grosería, el insulto...

JOSEFINA.—No me extraña; López Martín es muy grosero.

AURELIO.—No dirás que Josefina le calumnia... Yo lo creo también: es muy bruto...

ANGELES.—El no podía decirle a usted lo que había ocurrido... Y, por mí, por ustedes sobre todo, no ocurrió algo más grave. Pepe llegó a casa lívido, descompuesto... Después se echó a llorar como un niño... Lloramos juntos. El sólo pensaba en lo que usted diría. Si ahora le hubiera oído a usted... Ya sé que no podemos contar con su protección...

JOSEFINA.—Sí, Angeles, sí; Joaquín es muy bueno. ¿Verdad que harás por ellos cuanto puedas?

JOAQUIN.—Sólo podía hacer lo que hice. Ahora, no sé...

AURELIO.—Su marido de usted, ¿sabe algún idioma?

ANGELES.—Francés a la perfección, y el inglés y el alemán lo bastante para entenderse, para viajar, llevar una correspondencia...

AURELIO.—Perfectamente. Dígale usted que se vea mañana conmigo.

JOSEFINA.—¿Una colocación?

AURELIO.—Tal vez... No aseguro... De mis viajes traigo representaciones de casas extranjeras. Negocios que yo estaba dudoso en plantear, que he de estudiar todavía... Pero si me decido...

JOSEFINA.—De seguro. Tú no sabes estar ocioso, y cuando tu trabajo es el bienestar de mucha gente... Cuenta con ello. ¡Con mi hermano! ¡Qué alegría tan grande!

AURELIO.—Yo no aseguro... Una probabilidad...

ANGELES.—Ya es bastante para agradecerlo con toda el alma. Yo sé que usted sabrá apreciar el carácter de Pepe. Tu marido acaso tenga razón: Pepe es demasiado sensible para tratar con ciertas gentes. Sería capaz de morirse de hambre antes que dejar de ser lo... que es, lo que ha sido siempre, por su educación, por su familia. Pero a trabajar está dispuesto, sea como sea. ¡Ay, Aurelio, si pudiera ser a su lado! ¡Qué alegría! Dice usted que mañana...

AURELIO.—Mañana, sí. Estas son mis señas. A cualquier hora por la tarde; no salgo de casa; estoy instalándome.

ANGELES.—¡Qué contenta estoy, Josefina! A ti te lo deberé todo...

JOSEFINA.—¿No estás enfadada con mi marido?

ANGELES.—No. ¡Qué locura! Si en el fondo tiene razón para juzgar así de Pepe. Apenas le conoce. Y Pepe, yo lo sé, a primera vista no es simpático. Su atildamiento en el vestir, ese empaque suyo, que parece altivez y en el fondo no es más que cortedad, puedes creerlo... Pero tú verás cómo Joaquín concluye por estimarle mucho. De tu hermano estoy segura, porque tu hermano es otro carácter. La vida ha sido para él más fácil, más amable, sabe ser tolerante. Tú lo decías: los hombres que

todo se lo deben a sí mismos, son demasiado exigentes con los demás... Y te dejo, perdona... Pero ¡estoy tan alegre!, y Pepe estará aún tan triste... Entraré cantando; sin decirle nada, comprenderá que le llevo una buena noticia. Me divertiré diciéndole que es una colocación para América, y que se tendrá que marchar el solo, porque a mí me da mucho miedo embarcarme... No me creerá, por supuesto. Le diré que tiene que viajar mucho, separarse de mí...

AURELIO.—Alguna vez tendrá que viajar.

ANGELES.—¿Muchos viajes?

AURELIO.—Por España y por pocos días. No se asuste usted.

ANGELES.—Nada me asusta. Cuando pueda, iré con él; cuando no sea posible, tendré paciencia. Yo no soy una señorita mal acostumbrada. Soy una mujer que quiere mucho a su marido, y por él sería capaz de todos los sacrificios. Mañana vendré a verte... Joaquín...

JOAQUIN.—Usted me perdona...

ANGELES.—Nada tengo que perdonar. En esta casa sólo tengo que agradecer... Aurelio. ¿Qué puedo decirle? Es usted hermano de Josefina, para mí un hermano también, amigo del alma...

AURELIO.—¡Angeles!

JOSEFINA.—Pero ¿vas a llorar?

ANGELES.—Es que... ¿Ves lo que te decía? Voy tan alegre, que me da miedo tanta alegría. Con llorar me parece que ofendo menos... Y tú... lloras también.

JOSEFINA.—Es que estoy tan alegre como tú. Voy contigo. *(Salen Angeles y Josefina.)*

ESCENA III

Aurelio y Joaquín.

AURELIO.—¡No me mires así! ¡No me digas nada! Tienes mucha razón. Otra vez, sí, otra vez .. interesado, conmovido, lo que tú quieras, por esa mujer admirable. Más admirable para mí, porque por ella veo cómo una gran pasión es lo único que espiritualiza, y eleva, y exal-

ta. Aquella niña cursi, encogida, medrosa, que decía: "Papá, mamá, señora, caballero", como una muñeca mecánica, es hoy esta mujer vibrante, apasionada, admirable... Tú no has podido darte cuenta, pero yo la observaba mientras tú la ofendías en sus sentimientos con tu elocuente calumnia contra el pobre marido, ella... enrojecía de pronto, palidecía luego... A duras penas ha podido contenerse para no contestarte iracunda... Sí, yo lo veía; el llanto no asomaba a sus ojos, porque las lágrimas se abrasaban en ellos antes de asomarse...

JOAQUIN.—¡Ja, ja! "¡Evaporarse a no verlas, de sí mismas al calor!..." ¡A tus años, Aurelio, a tus años! ¿No lo decías antes?

AURELIO.—¡A mis años, sí, a todos los años, a todas las edades! Una mujer así es... ¿Qué puedo decirte? La que yo he soñado, la que yo hubiera querido encontrar a tiempo en mi vida... Cuando quise tener un hogar, tú sabes si no fué para quedar escarmentado. Aquella pobre criatura que fué dos años la compañera de mi vida, era algo tan delicado, tan doliente, como un niño enfermizo, como un pajarillo aterido... Toda ella era como de plumas y sedas; las únicas energías de su vida exangüe, un lamento continuo. Cultivaba sus dolencias como una flor delicada; era una aristócrata del dolor. Puso toda su falta de voluntad en consumirse poco a poco, y cuando murió dulcemente dejó por mucho tiempo en mis oídos el lamento de su vocecita quejumbrosa. Y para siempre, el horror a todas esas mujeres de tan frágil feminidad. Pero esta mujer, esta mujer, ¡tan amante de su marido! ¿No es admirable?

JOAQUIN.—Y dispuesta por él a todos los sacrificios. Ya lo has oído. Y, muy agradecida a ti, su hermano, su amigo del alma... Lo que no me habías dicho es que tuvieras esos negocios que hacen necesaria una complicada administración, con empleados de categoría... Capaz serás de inventar un tinglado oficinesco para ofrecerle la dirección, con un buen sueldo, a ese señorito. Porque no es otra cosa: un señorito; aunque su mujer haya conseguido conmoverte defendiéndole con toda bravura. Sí, debía estar muy guapa en ese momento; yo no he reparado. Pues nada, querido Aurelio; conociéndote como

te conozco, y después de oírte como te he oído, ya sé que la cosa no tiene remedio. ¡Chist!... Josefina... Disimula cuanto te sea posible, porque si hablas delante de ella como delante de mí, vas a conseguir lo más difícil: que hasta Josefina se entere.

ESCENA IV

Dichos y Josefina.

JOSEFINA.—¡Pobrecilla! Va más contenta... La verdad es que su situación empezaba a ser apurada. Hoy no traía los pendientes; mi regalo de boda, que no ha dejado de ponerse un solo día. Cuando advirtió que yo me había fijado, ¡se puso más encarnada! ¡Pobre! ¿Crees que la colocación que les has prometido podrá sacarles de apuros?

AURELIO.—Sí, yo haré lo posible. Pero ahora, no sé...; más adelante, si el muchacho es útil, si los negocios se amplían..., sí, puede ser un porvenir.

JOAQUIN.—Ya lo creo que será un porvenir.

JOSEFINA.—No sabes cuánto me alegro y no sabes cómo van a agradecértelo.

JOAQUIN.—¿Sabes la hora que es? Quedamos en ver esos terrenos... Nos estarán esperando...

AURELIO.—Sí, sí; cuando quieras. Josefina...

JOSEFINA.—¿Hasta cuándo? ¡Dos años sin vernos! Tú dirás si ahora va a ser lo mismo.

AURELIO.—El jueves almorzaré con vosotros.

JOSEFINA.—Hasta el jueves entonces. Ya sabré por Angeles...

AURELIO.—Sí, ya sabrás.

JOAQUIN.—Vamos, anda, anda...

AURELIO.—¿Qué prisa tienes?

JOAQUIN.—Mucha..., porque no quiero reírme delante de tu hermana.

AURELIO.—¡No es cosa de risa!

JOAQUIN.—Por ahora..., sí. Después..., ya veremos.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salita en una casa de campo.

ESCENA I

Angeles y Leoncio.

ANGELES.—Buenos días, Leoncio.

LEONCIO.—Buenos días, señorita.

ANGELES.—¿Está el señorito Pepe?

LEONCIO.—Sí, señorita. Allá dentro anda con la máquina de escribir. ¿Quiere la señorita que le avise o quiere pasar la señorita?

ANGELES.—No, no; si trabaja no quiero interrumpirle. Desde casa vi salir el auto de don Aurelio... Iría a Madrid, seguramente.

LEONCIO.—Sí, señorita. El señorito se levantó muy temprano, pidió el desayuno, por cierto que, ya lo ve la señorita, no ha tomado nada, un sorbo de café; él, que siempre se desayuna fuerte, a la inglesa; pues hoy...

ANGELES.—Sí, se comprende. Tendrá un gran disgusto. No es para menos.

LEONCIO.—Ya ve la señorita. Yo no sé más de lo que traen los periódicos y lo que el señorito habló aquí anoche con el señorito Pepe, cuando le avisó desde Madrid por el teléfono don Joaquín, su cuñado. Con dos millones de pesetas y que dicen que se ha largado el hombre. Y a ése no hay quien le atrape. Con ese dineral tomará el primer barco, se pondrá donde quiera y a vivir tan ricamente.

ANGELES.—Yo creo que le detendrán. No ha tenido tiempo de escaparse. Anteayer aún estaba en Madrid: le vió mucha gente. No es sólo don Aurelio el perjudicado: hay otros muchos y una Casa de comercio importante, que pondrán todos los medios para que se le detenga,

y darán con él, estoy segura. Si se tratara de algún criminal, experto; pero si todos dicen que era un hombre honradísimo, si tenía la confianza de todo el mundo y de pronto, por una mujer..., porque todos dicen que ha sido por una mujer. ¡Qué hombres!

LEONCIO.—Y qué mujeres también, señorita.

ANGELES.—Sí, tienes razón: qué mujeres; capaces de consentir que un hombre se arruine y se pierda de ese modo... Don Aurelio no volverá en todo el día. Acaso se quede en Madrid y desde allí nos avise para que volvamos todos y demos por terminadas estas vacaciones campesinas.

LEONCIO.—Eso no estará mal, aparte los motivos, porque, créame la señorita, que no sé cómo el señor tiene el gusto de vivir en estos andurriales.

ANGELES.—Le ha probado muy bien para su enfermedad.

LEONCIO.—¿Enfermedad? Si para mí que la enfermedad del señor no es enfermedad; es que desde que hemos vuelto esta vez a Madrid le ha entrado una aprensión de que cada día está más viejo y que se tiene que morir; no habla de otra cosa, y, lo que son las cosas, antes no podia consentir el verse una cana, y ahora no hay forma de que se dé nada para quitárselas. Sin estrenarse están los frascos que trajimos de París.

ANGELES.—Por Dios, Leoncio, que los secretos del tocador son sagrados.

LEONCIO.—Si no es ningún secreto; si el señor se lo cuenta a todo el mundo. Más sencillo y más verdadero que el señor no lo hay en el mundo.

ANGELES.—Ni más bueno, tampoco.

LEONCIO.—Muy bueno es, sí, señora; hasta para reprenderle a uno tiene tan buenas palabras, que le da a uno como coraje de haberle faltado en lo más mínimo.

ANGELES.—¿Usted ha viajado con él?

LEONCIO.—Sí, señorita; en los dos años que le sirvo hemos corrido medio mundo. Es la única parte mala, porque a mí, le soy franco a la señorita, aparte ver mundo, que ve uno muchas cosas que no hubiera uno visto nunca, como en Madrid, en ninguna parte del mundo está uno.

ANGELES.—¿Es usted madrileño?

LEONCIO.—No, señorita; de la provincia de Burgos, para lo que guste mandar la señorita. Pero le tengo mucha ley a Madrid, aunque en él las tengo pasadas muy negras; pero yo tengo visto que en Madrid, por muy negras que las pase uno, al fin y a la postre se pasan y nunca le falta a uno quien le ayude a uno a salir adelante; pero por ahí fuera, como las pase uno se las tiene uno que pasar solo, que lo que hace la gente, ni Dios te ampare.

PEPE.—*(Dentro.)* ¡Leoncio!...

LEONCIO.—El señorito Pepe.

ESCENA II

Dichos y Pepe.

PEPE.—*(Saliendo.)* ¿Quién habla?... ¡Angeles! ¿A qué has venido? Oía hablar a Leoncio...

ANGELES.—Sí, hablábamos los dos. Me dijo que estabas trabajando; no quise interrumpirte. Vi salir el auto, pensé que hubieras ido también a Madrid con Aurelio; he querido venir yo misma a preguntarlo.

LEONCIO.—¿Mandan algo los señoritos?

PEPE.—Nada, Leoncio. *(Sale Leoncio.)* No, mujer; de haberme dicho Aurelio que le acompañara, te hubiera avisado. Dí que te ha traído la curiosidad.

ANGELES.—Muchas gracias. ¡La curiosidad! La curiosidad, un poco, y mucho, mucho, verte. Llegaste a casa a las cinco de la mañana, a las siete volviste a salir... No son quejas; era natural que anoche acompañaras a Aurelio hasta muy tarde, que hoy acudieras temprano a ponerte a sus órdenes. Yo también hubiera venido anoche en cuanto supe la noticia; pero temí ser indiscreta; en estos asuntos de intereses, qué podemos aconsejar ni resolver las mujeres. ¿Se sabe con seguridad a cuánto asciende lo... lo robado? No tiene otro nombre.

PEPE.—Trescientas mil pesetas. Aurelio se las había confiado a ese sujeto para que negociara con ellas. Más que nada, por favorecerle; se trataba de un amigo anti-

guo de toda su confianza..., como de todo el mundo.

ANGELES.—¡Trescientas mil pesetas! Es una cantidad respetable.

PEPE.—Para Aurelio no creo que tenga importancia.

ANGELES.—¿Tú crees...? No son ésas mis noticias. Josefina me ha asegurado que su hermano no es tan rico como creíamos todos. Ha ganado mucho dinero, es verdad. Pero ha sido siempre muy generoso. Nosotros lo sabemos; en el poco tiempo que llevas a su lado le debemos tanto...

PEPE.—Es una gran persona. ¿Querrás creer que anoche mismo, más que en el dinero perdido, pensaba en el modo de salvar a ese hombre, al hombre que había abusado de su confianza?... "Que haya podido escaparse—decía—es lo único que deseo; tiene una mujer, unas hijas, y era un hombre trabajador, un hombre honrado... Honrado, sí, hasta que se volvió loco por una mujer; una de esas pasiones tardías, más peligrosas en el hombre que ha llevado siempre una vida ordenada."

ANGELES.—Los hombres seréis capaces de disculparle. Para mí no tiene disculpa.

PEPE.—¡Pues si las mujeres no disculpáis las locuras que los hombres cometemos por vosotras!...

ANGELES.—¡No hables así! Por nosotras, no. Por esas otras mujeres, que no es lo mismo. ¡Pensar yo que tú pudieras nunca por mi culpa...! ¿No me has visto alegre en nuestra pobreza, porque era tu dignidad y era tu honradez? Y ahora mismo que ya nos creíamos libres de preocupaciones, que era la tranquilidad, el bienestar, para que veas que nada me asusta, quiero ser yo la primera en decirte lo que tú habrás pensado y no sabes cómo decírmelo por no entristecerme.

PEPE.—¿Lo que yo he pensado?

ANGELES.—Sí, lo que has pensado, lo que debes hacer.

PEPE.—¿Lo que yo debo hacer?

ANGELES.—Sí, lo que debes hacer. Aurelio ha perdido una cantidad considerable, el puesto que tienes a su lado, bien lo sabemos, está retribuído con esplendidez... Además, Aurelio apenas supo por su hermana que teníamos algunas deudas que nos agobiaban, lo pagó todo a

cuenta de tu sueldo, te dijo; pero pasan los meses y nada te ha descontado. Ahora al recomendarle los médicos que pasara en el campo una temporada, por no obligarte a un continuo ir y venir, por no separarnos, nos alquila una casa al lado de la suya con toda clase de comodidades... Aurelio solo, en su familia todos son ricos, a nadie perjudica con su generosidad y él goza con hacer bien. Nosotros estamos seguros de corresponderle siempre con nuestra gratitud, y hemos podido aceptarlo todo de un hombre muy bueno que se complacía en haber asegurado la felicidad de dos atolondrados que, por quererse mucho, no sabían andar por la vida. Hoy no es lo mismo; acaso tu sueldo pueda serle gravoso. Yo sé que él no sería capaz de indicarlo; por eso tú debes anticiparte. ¿Qué voy a decirte? Yo sé que tú lo has pensado y has hecho bien.

PEPE.—No sólo lo he pensado; anoche mismo, al saber la desagradable noticia, le ofrecí cuanto podía ofrecerle. Ya sabes que con alma y vida le serviría siempre que me necesitara de cualquier modo.

ANGELES.—Eso sí, servirle siempre, sea como sea... Pero no basta ese ofrecimiento hecho así al pronto; es preciso que insistas, que comprenda que lo has pensado bien, que hemos debido pensarlo.

PEPE.—Descuida. ¡No parece sino que dudas de la sinceridad de mi ofrecimiento!

ANGELES.—No, Pepe; no es eso.

PEPE.—Sé lo que debo hacer siempre.

ANGELES.—Ya lo sé, Pepe. Pero acaso te acobardaba pensar en mí. Y por mí no debes dudar nunca que se trate de hacer lo que debe hacerse. Para que no dudaras, he sido la primera en decírtelo... Perdona si te he disgustado.

PEPE.—Me pareció que había como una reconvención en tus palabras.

ANGELES.—¿Qué dices?

PEPE.—Como no es la primera vez y siempre refiriéndote a mi conducta respecto a Aurelio, como si yo no supiera lo que debo hacer, como si tú creyeras que no le estoy bastante agradecido.

ANGELES.—Pepe, por Dios. ¡Basta, basta! No quiero oírte así. ¿Ves cómo es a ti a quien le asusta la pobreza? Ya estás inquieto, malhumorado, y por no confesar la verdadera causa de tu disgusto buscas otra sin fundamento.

PEPE.—¿Tú crees que el perder esta colocación es lo que me preocupa? ¿Crees que yo me había resignado a que ésta fuera siempre nuestra vida, éstas todas mis ambiciones? Es que han acabado por convencerte; piensas como los demás, que no sirvo para nada.

ANGELES.—Eres injusto: sabes que te he defendido siempre contra todos.

PEPE.—Y que te ha costado mucho trabajo defenderme, lo sé... Pero desde que me has visto aceptar esta situación, esta situación que sólo debo a tu amistad con Josefina, a la bondad de su hermano... Sí, sí. ¿Tú crees que a mí puede ocultárseme? Yo sé que he perdido en tu estimación...

ANGELES.—¡Qué locura!

PEPE.—Ya no crees en mí... Antes te hablaba yo de mis proyectos y compartías mis ilusiones y mis esperanzas. Ahora callas y es tu silencio incredulidad o compasión... No, si es muy justo... ¡Han sido tantos proyectos y ninguno se ha realizado! Pero ¿es mía la culpa? ¿Tengo yo la culpa de que en este país sea el dinero tan rutinario que se asuste de cualquier novedad? Si propusiera algún negocio turbio en complicidad con la política; si creyeran que yo era algún intrigante influyente..., entonces sí me atenderían... Pero ¡industria, fabricación, arriesgar el dinero en nuevas empresas cuando hay tantos viejos sistemas de ganarlo siempre, sin arriesgarlo nunca...!

ANGELES.—Tú te lo dices todo. Si es así; si eres tú el primero en estar desengañado, ¿por qué te ofende que yo desconfíe... de los demás, no de ti, como tú supones? Yo no he dudado nunca de tu capacidad; tus proyectos me parecen muy razonables... Pero creo, y esto no es ofenderte, que eres demasiado caballeroso para transigir con las miserias inevitables al tratar de negocios con las gentes. Yo no soy ambiciosa, como tú... No; ya sé

que tu ambición es por mí... Pero yo sólo quiero tu tranquilidad, que no pienses en nada... Me asustan tus proyectos, porque al fracasar te hacen aborrecible cuanto te rodea... Me parece que tu corazón se llena de odio y que también vas a odiarme a mí...

PEPE.—No, Angeles... ¡Pues si no fuera por ti!... Si es para ti para quien yo quisiera todo lo que tú mereces... Esa alegría tuya al escatimar en tus gastos, al presentarme un primor de tus manos, que es una economía... ¡Si tú supieras lo que a mí me entristece! Yo, que quisiera adornarte, embellecer tu vida con todas las preciosidades del mundo, y muchas más que yo he soñado y quisiera inventar para tu encanto...

ANGELES.—¡Me quieres mucho, es verdad; nos queremos mucho! ¡No pensemos en otra cosa! ¡Calla! Un auto...

PEPE.—Sí; es el de Aurelio.

ANGELES.—¿Vendrá con él?

PEPE.—Sí; es Aurelio.

ANGELES.—¿Te parece bien que le espere para saludarle? ¿No seré importuna?

PEPE.—Sí, espera. De todos modos había de verte al salir.

ESCENA III

Dichos, Aurelio y Leoncio.

ANGELES.—¡Aurelio!

AURELIO.—Buenos días, Angeles. ¿Me ha perdonado usted? No fué mía la culpa. Pepe se empeñó en acompañarme hasta la madrugada... Nos pusimos a revisar papeles, notas...

ANGELES.—¡Por Dios, Aurelio! ¿Viene usted de Madrid? ¿Trae usted alguna buena noticia?

PEPE.—¿Se sabe algo de ese hombre?

AURELIO.—Sí, por desgracia.

PEPE.—¿Ha huído?

AURELIO.—No; se sospecha que no ha salido de Ma-

drid, o si ha salido, no tardará en volver... La mujer está detenida.

ANGELES.—¡Ah, muy bien! Ella tiene la culpa de todo.

AURELIO.—Hasta en eso se conoce lo que quiere usted a su marido.

ANGELES.—¿En eso también?

AURELIO.—Sí; porque cree usted que ella tiene la culpa. Ya lo sabe usted, Pepe: si alguna vez se le ocurre faltar a sus deberes, no tendrá usted la culpa.

ANGELES.—Eso sí que no; culparle a ella no es disculparle a él. Tan culpable es él como ella.

AURELIO.—¿Qué sabemos de quién será la culpa? Si juzgamos a los demás por nosotros mismos, en lo que comprendemos, porque seríamos capaces de ello, somos apasionados; en lo que no podemos comprender, ignorantes: de cualquier modo injustos siempre.

LEONCIO.—¿Manda algo el señor?

AURELIO.—Sí; quiero almorzar. Con el paseo ha vuelto el apetito.

LEONCIO.—¿Qué quiere el señor?

AURELIO.—Lo que esté más pronto. Una taza de café; sobre todo... ese detestable café que habéis dado en servirme.

ANGELES.—Eso no; hoy tomará usted el café a gusto suyo. El café es mi especialidad. Tráelo aquí todo.

AURELIO.—Acepto el ofrecimiento. Muchísimas gracias.

ANGELES.—Y si yo lo hubiera sabido antes... La maldad ¿está en el café o en el cafetero?

LEONCIO.—En el café, señorita, que se ha comprado aquí.

ANGELES.—No digas más. Voy a casa y en un momento, yo misma...

AURELIO.—De ningún modo; va usted a molestarse. Que vaya Leoncio, cualquiera...

LEONCIO.—Sí, señorita; me llego en un vuelo.

ANGELES.—Pues tome usted las llaves y diga usted a Rosalía que le dé el botecito del café; ya sabe ella dónde está.

LEONCIO.—Muy bien, señorita.

ANGELES.—¡Ah! Tráigase usted también la cafetera de casa; tengo más confianza en ella. *(Sale Leoncio.)*

PEPE.—¿Y dice usted que la mujer ha sido detenida?

AURELIO.—Sí; había huído de su casa, la de su marido; también es casada, también tiene hijos...

ANGELES.—¡Qué infame!

AURELIO.—Se había refugiado en casa de unos parientes suyos. Al salir para tomar el tren, que había de reunirla con su amante, la detuvieron.

PEPE.—Entonces se sabe dónde está él.

AURELIO.—Todavía no. Ella se negó a confesar adónde se dirigía; no había el menor indicio.

PEPE.—Una precipitación de la Policía; hubiera sido mejor dejarla llegar a la estación, seguirla hasta el término de su viaje.

AURELIO.—Es lo mismo. En cuanto él sepa que ella está detenida, vendrá, vendrá a entregarse. ¡Un hombre enamorado tan locamente! ¡Desgraciado!

PEPE.—¿Y el dinero?

AURELIO.—Se espera recuperarlo todo. No se sabe que haya hecho gastos ni dispendios antes de su fuga. ¿Qué importa? Yo lo perdería todo gustoso por no pensar que ese hombre irá a la cárcel... Mi primera visita ha sido para su mujer y sus hijos... ¡Qué desolación en aquella casa!

ANGELES.—¡Y qué bondad tan grande la de usted, Aurelio!

AURELIO.—¡Bah! Hay que ser bueno por egoísmo. Cuando llega uno a viejo no hay otro modo de hacerse querer.

ANGELES.—Quiere usted decir entonces que el egoísmo es de los demás al quererle a usted.

AURELIO.—Y ¿qué son todos los cariños, en resumidas cuentas, más que el choque de dos egoísmos? Algo como la guerra, que se parece mucho al amor, aunque no lo parezca... *(Entra Leoncio.)*

LEONCIO.—Aquí está todo, señorita.

ANGELES.—Gracias, Leoncio.

AURELIO.—Tráeme el almuerzo. *(Sale Leoncio, y a poco vuelve y empieza a servir el almuerzo.)* No les digo

a ustedes que me acompañen porque sé que es temprano para ustedes.

ANGELES.—Sí, nosotros comemos a la española.

PEPE.—¿Quiere usted firmar las cartas para que puedan llegar a Madrid a tiempo del correo?

AURELIO.—Después; hay tiempo. Entérese usted también de todas éstas, que he encontrado en casa... A ver, ésta no; he de contestarla yo mismo; ésta, sí, todas éstas. Casi todas con faltas de ortografía en el sobre. Ya se sabe; petición segura.

PEPE.—Voy, con su permiso... Si hubiera alguna particular...

AURELIO.—No creo. Puede usted contestarlas a su criterio. *(Sale Pepe.)*

ANGELES.—*(A Leoncio.)* ¿Hace usted el favor de encender, Leoncio? Gracias.

LEONCIO.—De nada, señorita.

AURELIO.—De Josefina muchos recuerdos; también de su marido.

ANGELES.—¿Ha estado usted en su casa?

AURELIO.—Sí, allí estuve apenas llegué. Mi cuñado actuando de policía. Ya conoce usted su actividad. Y ¡lo que él goza en su papel de inflexible y de justiciero! ¡Feliz él! Se conoce que nada tiene que perdonarse o se lo ha perdonado todo, con mayor facilidad que a los demás.

ANGELES.—En este caso hay que confesar que tiene razón. La conducta de ese hombre con usted... ¡Dios mío! ¿Cómo podrá haber hombres tan locos, tan ciegos para envilecerse así por una mujer que los desprecia... porque cómo es posible que eso sea cariño, verdadero cariño que es siempre estimación y quisiera ver tan alto a quien se quiere, tan alto...?

AURELIO.—Como usted quiere a su marido. ¿No es eso? Pero así le quiere usted porque usted es así. Todos queremos a nuestra imagen y semejanza, como Dios hizo al hombre, porque le creó con amor, o mejor dicho, le amaba antes de crearle. El cariño que es también creador ama también por semejanza. Cuando el corazón ve más alto o más bajo a quien se quiere, el cariño siente remordimientos, está como avergonzado; sólo

descansa cuando puede decir: ya somos iguales. Si usted fuera capaz de pensar que su marido, por un deseo, una vanidad, un capricho de usted, debía cometer alguna acción indigna, ¿no desearía usted que, como usted d-pensaría, fuera él capaz de cometerla? En bien o en mal el cariño no es otra cosa; una mutua obra de arte; realizamos el pensamiento de quien nos quiere y, en quien queremos, queremos ver realizado nuestro pensamiento. El de usted es todo bondad, y a quien usted quiera ha de quererle bueno, y bueno ha de ser porque usted lo quiere... Como es su marido de usted, como lo sería al fin si ya no lo fuera sólo por quererle usted como le quiere... Y perdone usted, Angeles, que en este momento sólo puedo decir para mi disculpa como el buen Rocinante: "Metafísico estáis—es que no como." Creí que tenía apetito y me he engañado. Y es que mis nervios no están de acuerdo con mi filosofía, toda optimismo.

ANGELES.—Y por desgracia no muy verdadera.

AURELIO.—¿Cree usted? ¡Qué desilusión!

ANGELES.—Es que pienso en tantas mujeres muy buenas con maridos muy malos. Ya ve usted cómo el cariño no basta para hacer a los demás como los queremos.

AURELIO.—No me convence usted. En ese caso, créalo usted, o la bondad o el cariño no son verdaderos.

ANGELES.—¿Me permite usted otra observación en contra de su teoría?

AURELIO.—Para mí es una gloria discutir con usted.

ANGELES.—¡Pobre de mí! Para mí sí que es un atrevimiento; con usted que sabe tanto y tanto conoce a los hombres y a las mujeres. A las mujeres sobre todo; según oíamos murmurar las amigas de Josefina desde que era usted un muchacho.

AURELIO.—Poca historia y mucha leyenda, se lo aseguro a usted.

ANGELES.—Con la historia basta. Según ella, y ésta es la observación que yo opongo a su teoría, o usted no sería tan bueno, o siendo usted como es, todas las que usted ha querido habían de haber acabado en santas, y... no son ésas las noticias.

AURELIO.—Es verdad, no fueron santas; pero yo no

puedo quejarme; todas fueron como yo las quería, aunque muchas veces me lamenté de que no fueran como yo las soñaba. Pero lo que soñamos no es nunca la verdad de lo que queremos. Nos engaña lo que no responde a nuestra imaginación, que es lo que soñamos. Nunca nos engaña lo que responde a nuestra voluntad, que es lo que con verdad hemos querido. Pero, ¡afrontamos tan pocas veces la verdad de nuestra conciencia! Recuerdo a una mujer que por mí había engañado a otro hombre y por ese hombre había faltado antes a su marido. Esa mujer, a la que yo soñaba fiel o leal a mi cariño, al descubrir yo un día que también era yo engañado y acusarla por su traición con toda la grosería instintiva del hombre celoso: ¡Eres una mujer perdida! Sin inmutarse, me contestó estas palabras que iluminaron de pronto lo más hondo de mi conciencia: "Y, ¿si no fuera una mujer perdida, me tendrías aquí a estas horas contigo? No era lo que yo había soñado; pero era lo que yo había querido; era la verdad. La busqué en la traición y la hallé traidora, quise que fuera desleal por quererme y fué desleal a mi cariño... Y así es siempre en la vida; nos quieren como queremos, lo que nos mienten es lo que hemos mentido. lo que nos falta es lo que hemos robado, el dolor que nos hiere es el dolor con que hemos herido, la alegría que viene a llenarnos de bondad el alma es la bondad nuestra que antes llenó de alegría otras almas... Y si algo bueno puede darnos la vida es cuando lo mejor de nuestra vida hemos dado; que renunciar es poseer.

ESCENA IV

Dichos y Pepe.

PEPE.—Cuando usted guste puede firmar las cartas En efecto, casi todas ellas eran peticiones.

AURELIO.—Voy en seguida. ¡Delicioso café!

PEPE.—¿Ha almorzado usted bien?

AURELIO.—Perfectamente; animado con la agradable conversación... Porque, usted no sabe, Angeles y yo nos hemos dado a filosofar.

ANGELES.—Yo no, por Dios santo.

AURELIO.—Como usted quiera. He filosofado yo solo; pero la inspiración procedía de usted. Ya se conoce que tengo menos dinero, ¿verdad?, cuando me doy a la filosofía.

PEPE.—Si la mejor es no darle importancia al dinero, nadie le aventajará a usted.

AURELIO.—Quizá por no darle nunca importancia me ha favorecido siempre. La codicia apasiona y como toda pasión oscurece el entendimiento. Yo he planeado siempre los negocios con la más indiferente serenidad. Ya ve usted mi buena suerte; ya verá usted cómo, aun este dinero que yo consideraba perdido, vuelve a mí por lo mismo que no me preocupo por recuperarlo.

ANGELES.—A propósito, Aurelio.

AURELIO.—¿De qué?

ANGELES.—De ese dinero que usted confía en recuperar. ¿Si lo hubiera usted perdido?...

AURELIO.—¡Qué le íbamos a hacer!

ANGELES.—¿No supondría un gran quebranto para usted?

AURELIO.—Sí, eso sí; en estos momentos... Pero como nada ha de remediarse con el disgusto...

ANGELES.—Es que Pepe quería decirle a usted...

AURELIO.—Pues diga usted pronto.

PEPE.—Nada, don Aurelio... Que si mi cargo al lado de usted, si la esplendidez con que usted remunera mis servicios...

AURELIO.—¿Qué va usted a decirme? ¡Qué ocurrencia ¡Calle usted, criatura! ¡Vamos... eso ha sido idea de usted!

ANGELES.—No, no, se lo aseguro a usted... Ha sido él quien...

PEPE.—Es lo mismo.

ANGELES.—Yo le aseguro a usted que ha sido idea suya.

PEPE.—Deja... ¿Qué importa si parece más natural que se te haya ocurrido a ti?

AURELIO.—No, no... No he querido decir que usted... Usted perdone, es que... me pareció una idea... vamos, qué sé yo, un escrúpulo femenino... De todos modos, una

delicadeza que yo agradezco; mucho más cuando puedo corresponder a ella con una buena noticia, que es la mejor respuesta a sus escrúpulos. Ahora más que nunca le necesito a usted. El negocio de las representaciones ha de ampliarse... Yo volveré a viajar muy pronto y usted... no se asuste usted, Angeles... Yo voy a tratar directamente con importantes casas americanas; su marido de usted quedará aquí representándome; estará usted a las órdenes de un director que vendrá en estos días, persona excelente, de una seriedad y de una rectitud irreprochables; tendrá usted más sueldo, participación en los negocios... Ya ve usted qué lejos estaba yo de pensar en prescindir de usted. Comprendo que hasta ahora no estuviera usted muy satisfecho a mi lado; el porvenir no parecía muy brillante, el trabajo no era muy atractivo... No he querido decirle a usted nada hasta tener una seguridad... Hoy puedo ofrecerle a usted, no digo la riqueza, pero sí un buen camino para que trabaje usted con agrado y con provecho al mismo tiempo. ¿Qué dice usted?

PEPE.—¿Cómo agradecer a usted?...

ANGELES.—¡Dios mío! ¿Cómo le diría yo a usted el bien que nos hace? No podía ser mayor nuestra gratitud, pero era verdad... A Pepe, a mí también, nos parecía que no bastaba su trabajo para corresponder a tanta generosidad... Pepe no estaba satisfecho de sí mismo.

AURELIO.—¡Bah! Yo lo estaba y él ha debido estarlo. Yo sabía que al principio el trabajo no sería mucho; pero no era cosa de condenar a ustedes a la penuria de un sueldo mísero. Yo contaba con el porvenir. Ahora tendrá usted ocasión de trabajar y de trabajar mucho.

ANGELES.—¡Qué alegría! Eso quería él...

PEPE.—Eso quiero.

AURELIO.—Y a mi regreso, dentro de algunos años...

ANGELES.—¿Años dice usted, Aurelio?

AURELIO.—Años, sí, muchos años. La patria no me prueba. Como el marino, siento la nostalgia del mar; para mí el mar es vivir a la ventura; detesto la tierra firme. Volvía deseoso de anclar mi corazón con afectos tranquilos, familiares, y sólo advierto la pesadumbre sin conseguir la calma.

ANGELES.—Si le conviene a usted para su salud... Pero su ausencia será una gran tristeza para todos... Pepe hubiera preferido trabajar siempre al lado de usted.

AURELIO.—Es posible.

PEPE.—No lo dude usted.

AURELIO.—No lo dudo; pero ahora, aunque usted lo haya pensado también, no me negará usted que ha sido Angeles la primera en decirlo.

ESCENA V

Dichos y Leoncio.

LEONCIO.—Con permiso.

AURELIO.—¿Qué hay, Leoncio?

LEONCIO.—El señorito Joaquín.

AURELIO.—Que pase en seguida. *(Sale Leoncio.)* ¿Qué le traerá? Alguna novedad, sin duda.

PEPE.—¿Me necesita usted todavía?

AURELIO.—No... sí, espere usted por si mi cuñado trae alguna noticia.

PEPE.—Desde luego. Y tendremos el gusto de saludarle.

ESCENA VI

Dichos y Joaquín.

AURELIO.—¿Qué hay, Joaquín? ¿Qué novedad ocurre?

JOAQUIN.—Nada malo; pronto sabrás... Ustedes perdonen... *(Saludando.)* Angeles... Pepe... ¿Cómo va por aquí?

ANGELES.—Muy bien. ¿Y Josefina? Es una ingrata, no quiere vernos.

JOAQUIN.—Ya sabe usted su horror al automóvil; y en coche, la verdad, el viajecito no es muy agradable.

ANGELES.—Eso sí.

JOAQUIN.—Pues sabrás que nuestro hombre ha parecido ya.

ANGELES.—¿Sí?

JOAQUIN.—Como se esperaba, volvió a Madrid apenas supo que su amante estaba detenida.

PEPE.—Y él, ¿ha sido también detenido?

JOAQUIN.—Está vigilado; me explicaré. A poco de salir tú de casa se me presentó un hermano del individuo.

AURELIO.—Sí, ya sé; le conozco.

JOAQUIN.—Me aseguró que tiene razones muy poderosas para creer que, si no en su totalidad, en su mayor parte, la cantidad a que asciende la estafa... el robo, como ustedes quieran, está aún en poder de su hermano; en ese caso aún sería posible...

AURELIO.—Sí, salvar a ese hombre... Por lo menos de la cárcel.

JOAQUIN.—Claro es que esto sólo sería posible si en efecto el dinero... Su hermano, por su parte, se compromete a pagar lo que pudiera faltar si no asciende a tanto que le sea imposible.

AURELIO.—Yo también, por mi parte, renunciaría...

JOAQUIN.—No, eso no, querido Aurelio. Ya basta con salvarle de ir a presidio... Este Aurelio...

AURELIO.—¿Es necesario que yo vuelva a Madrid?

JOAQUIN.—Por ahora, no. Me darás una nota exacta de los valores negociados.

PEPE.—Con toda exactitud, aquí tiene usted varias copias.

JOAQUIN.—Basta con una. Perfectamente. Yo por mí no hubiera aceptado nunca estas componendas, que en rigor son una gran injusticia; pero conozco a Aurelio.

AURELIO.—No hay que ser inexorables. Ya dijo un santo que: ¡Ay de los santos si los juzgamos sin misericordia! ¿Qué será de los pecadores?

JOAQUIN.—Ya ves que me avengo a facilitarlo todo y que me he apresurado a venir, más que nada, por tranquilizarte respecto a la suerte de ese hombre; con tu conformidad ya contaba.

AURELIO.—¿Necesitas a Pepe para algo?

JOAQUIN.—No, muchas gracias.

AURELIO.—Ya oye usted.
PEPE.—Con su permiso entonces.
AURELIO.—Hasta luego.
PEPE.—*(A Joaquín.)* Póngame usted a los pies de Josefina.
ANGELES.—Tantos recuerdos. Mañana la escribiré; tengo muchas cosas agradables que comunicarla.
JOAQUIN.—Se alegrará tanto.
ANGELES.—Aurelio...
AURELIO.—Mi gratitud por el delicioso café.
ANGELES.—¡Dios mío, usted habla de gratitud! *(Salen Angeles y Pepe.)*

ESCENA VII

Aurelio y Joaquín.

JOAQUIN.—¡Vida de familia!
AURELIO.—No lo creas. El marido sí viene aquí continuamente; pero a ella, se me pasan los días sin verla.
JOAQUIN.—¡Ya!
AURELIO.—En cuanto a lo que tú crees, como lo creerán muchos, estás equivocado.
JOAQUIN.—A tu corrección corresponde no decirlo, a nuestra discreción no desmentirte, y a nuestro juicio no creerlo.
AURELIO.—¡Qué importa! Si crees que por esa mujer sería capaz de todo, entonces, sí; crees bien... Lo que tú no sabes es de lo que yo soy capaz cuando quiero como quiero esta vez: con toda mi alma... Pensar que esa mujer hubiera sido la felicidad en mi vida, porque esa mujer es la felicidad, no es el placer que se compra o se hurta y se goza a escondidas o se exhibe por vanidad. No, esa mujer no es eso, no. Es la compañera, es la esposa para la intimidad de todas las horas y de todos los pensamientos; es la que, sólo por quererle, de ese hombre vulgar, que es su marido, de ese hombre que por sí solo no sabría soportar un dolor, ni una privación, ni una contrariedad, ha sabido hacer un hombre estimable, un hombre que será por ella trabajador y

por ella será siempre honrado. Porque ella es la que siempre anima, la que conforta siempre, la que nada exige, la que a todo se amolda. Y los defectos de su marido sabe disculparlos como si de ella fuera toda la culpa y su marido sólo cayera en falta por condescender a un capricho suyo, y las buenas ideas, que él nunca hubiera tenido, y ella sabe inspirarle, a él sólo las atribuye, con tan graciosa delicadeza, que él mismo llega a persuadirse que fueron suyas.

JOAQUIN.—De modo que sigue tan enamorada de su marido. Pero como ese amor ya hubiera zozobrado entre privaciones y contrariedades si no hubiera sido por ti, como a ti te lo debe todo, ¿vas a decirme que este cerco tan bien sostenido no ha dado ya sus resultados, que no te has cobrado todavía o estás para cobrarte muy pronto? Me resisto a creerlo.

AURELIO.—Cuando creemos que todo el mundo es como nosotros nos exponemos a la equivocación de juzgar por nosotros a todo el mundo.

JOAQUIN.—Conste que en este caso yo no juzgo por mí, nunca he sido un conquistador. Juzgo por lo que has sido tú siempre; de las mismas causas deduzco los mismos efectos.

AURELIO.—¡Han pasado los años, ha pasado la vida! ¿Me creerás, aunque no me comprendas? Antes relacionaste unas palabras que son quizá toda la clave de mis sentimientos en esta ocasión. Primero dijiste: ¿No tienes puesto cerco? Es verdad, cerco ha sido... Traerla aquí a mi lado, lejos de la curiosidad y de la murmuración de la gente, que hubiera podido alarmar la confianza con que de mí lo ha aceptado todo.

JOAQUIN.—La confianza, tú lo dices. Y en su situación y en la tuya, ¿no juzgas excesiva esa confianza para no ser calculada?

AURELIO.—Antes lo creía, ahora ya no sé, no quiero saberlo. Dijiste otras palabras: ¿no te has cobrado todavía? ¡Cobrado! ¿Comprendes ahora? Este mismo cerco que mi generosidad ha puesto al corazón de esa mujer enamorada de su marido, esa misma gratitud que me debe por su felicidad, que es obra mía... Eso, que debiera acercarme más, es lo que me separa; eso, que debía

darme valor, es lo que me acobarda. ¿No te has cobrado, me dices? ¡Cobrar! Y eso sería... Y todo lo que yo soy para ella: el hombre bueno, el hombre generoso, el hombre que adora y respeta, todo eso tendría su precio. Y todo ello se perdería en una sola palabra. ¡Cobrar! Sólo al pensarlo me veo tan miserable, tan bajo, me desprecio tanto, que... ¿Comprendes ahora; crees ahora que enamorado con locura de esa mujer. . como un loco, sí, hasta desear la muerte; yo, que sólo con mirarme en los ojos de una mujer hermosa me emborrachaba de vida hasta creer que no había de morirme nunca? Pero ¿no crees tú que hay algo que vale más para un hombre que todas sus pasiones, que todos sus deseos?

JOAQUIN.—Sí, Aurelio, sí; hay algo que vale más. ¿Quién lo duda? La tranquilidad de nuestra vida.

AURELIO.—Tú le das ese nombre, para mí tiene otro: La propia estimación. El tuyo es la realidad del egoísmo; es eso, la tranquilidad de nuestra vida, sacrificar todos los goces si fuera preciso por evitarnos un solo dolor. El mío es egoísmo también, pero es otro egoísmo, es egoísmo ideal; es sacrificarlo todo, aunque el sacrificio destroce nuestra vida y su dolor entristezca el alma para siempre...

JOAQUIN.—¡La propia estimación!

AURELIO.—¿Y no la perdería yo para siempre, no ya si me cobrara como dices, sólo con intentarlo? Recuerdo haber leído un cuento oriental, en que un poderoso señor colmado de riquezas, en una de sus cacerías descubre a una pobre muchacha, una niña casi, de espléndida hermosura. La niña, asustada, huye al verle; él corre en su persecución y detrás de ella; llega a una choza miserable en donde toda la pobre familia de la niña, padres y hermanos, se hallaban postrados en oración. La miseria había llegado al extremo y sólo de algún Dios esperaban misericordia. El poderoso señor se detuvo a la puerta horrorizado. Nunca sus ojos habían visto miseria tan espantosa. Con su bocina de caza llamó a los de su séquito, y no tardaron en acudir amigos y servidores. Ordenó que de las mejores viandas proveyeran a la familia miserable para muchos días. Vació el oro de su escarcela en las manos del padre, colgó collares de pedrería

al cuello de las mujeres, acarició a los niños y los regaló con golosinas. Y todos se prosternaron ante él, "¡Es un Dios!—exclamaban—, ¡es un Dios que se ha apiadado de nosotros!" Y arrodillados ante él besaban sus plantas y la orla de su manto. El miraba a la niña hermosa, la miraba con deseo mal contenido y mil veces estuvo tentado de tomarla sobre su caballo, seguro de que estaba bien pagada y aquella pobre gente aun quedaría agradecida... Pero todos clamaban: "¡Es un Dios, es un Dios!" Y, ¿cómo resignarse a perder los prestigios de un Dios por satisfacer un deseo de hombre? Y se alejó sin decir palabra, vencedor de su humanidad, glorioso como un Dios verdadero... Mira desde aquí. Es su casa, ¿los ves? Almuerzan en el jardín, y ríen, y son dichosos. ¡Dichosos! Es humano querer a esa mujer, humano sentir celos y odiar a ese hombre y desear su muerte. Pero como el señor de la oriental leyenda ante esa felicidad, que es obra mía, que yo puedo destruir si quisiera, ¿no es humano también que yo sienta el orgullo de creerme glorioso como un Dios verdadero?...

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

Angeles y Josefina.

ANGELES.—¡Josefina!... ¡Aquí estoy! Entra, entra. ¡Josefina mía!

JOSEFINA.—¿Cómo estás? ¡Qué buen color! ¡Qué guapa!

ANGELES.—La vida de campo. La tranquilidad y lo dichosa que soy... gracias a ti, a tu hermano también.. Pero a ti, sobre todo.

JOSEFINA.—¿Me viste llegar?

ANGELES.—Sí, vi que paraba el coche delante de nuestro hotelito, y mandé en seguida a Leoncio para que te avisara que yo estaba aquí, en casa de tu hermano. Dispongo el embalaje de muebles y ropas, para que Aurelio no tenga que intervenir en nada. Pepe está en Madrid desde muy temprano, a los criados no puede dejárseles solos; con la mejor intención hacen mil estropicios.

JOSEFINA.—Por de contado.

ANGELES.—¿Has venido sola?

JOSEFINA.—Sí, por venir en coche. Joaquín vendrá en seguida en el auto. Ya sabes que en eso somos incompatibles. Por fortuna, no es causa de divorcio.

ANGELES.—Pero ¡qué ingrata!, no haber venido siquiera un día a verme en tanto tiempo. Y hoy no debiera agradecerte la visita... si no hubiera sido por el temor de que tu hermano se fuera sin despedirse... Pero ¿tú lo habías creído?

JOSEFINA.—Nos lo dijeron...

ANGELES.—Cuentos de los criados.

JOSEFINA.—Yo no podía creerlo. Pero como este viaje de Aurelio es tan extraño... Joaquín y yo estamos muy disgustados.

ANGELES.—¿Por qué? Aurelio está muy contento. El goza con viajar. De no ser así, ¿qué podía obligarle?

JOSEFINA.—¿Tú crees? Tienes motivos para saberlo. Ahora estás continuamente a su lado... Joaquín, muchos amigos, aseguran que Aurelio está muy triste desde hace algún tiempo.

ANGELES.—No lo creas.

JOSEFINA.—Me tranquilizas; pero este viaje así de improviso... Cuando antes de venir, en todas sus cartas nos decía que ya no volvería a separarse de nosotros, que sólo deseaba descansar, retirarse de negocios, de preocupaciones...

ANGELES.—Eso decía entonces y sería verdad. Pero ya ha descansado, y él, que siempre ha sido activo, emprendedor, ahora se cansa del descanso.

JOSEFINA.—No, no... No es eso; estoy segura... Todos creen que yo no me entero de nada, porque me basta con que los demás se enteren para enterarme. Yo sé que hay amoríos de por medio... ¡Este hermano mío!

ANGELES.—¿Amoríos dices?

JOSEFINA.—Sí, sí. Mi hermano ha tenido algún grave disgusto en estos días. No es posible otra cosa. ¿Tú no sabes nada?

ANGELES.—¿Qué puedo saber? En el tiempo que llevamos aquí, nada hemos observado. Ni él ha ido a Madrid más que por asuntos nada misteriosos... ni aquí hemos tenido visitas sospechosas.

JOSEFINA.—No, por Madrid no ha dejado nada. Me consta. Aquí no habéis tenido visitas... Tú lo sabrás mejor que nadie... Vamos, Angeles, ¿es que, por primera vez en tu vida, no vas a ser franca conmigo?

ANGELES.—Pero ¿qué quieres que yo te diga? ¿Por qué supones que yo pueda saber más que tú, referente a tu hermano? Sobre todo, ¿qué razón hay para creer que este viaje suyo esté motivado por algún amorío, como tú dices?... Nunca has sido tú mal pensada. ¿Por qué crees ahora?

JOSEFINA.—¡Qué sé yo!

ANGELES.—¿Es que Joaquín te ha dicho algo?

JOSEFINA.—No, Joaquín no me descubre nunca los secretos de mi hermano. ¡Complicidad de hombres! Pero hay medias palabras, silencios, que dejan adivinar muchas cosas... Con franqueza. Mírame cara a cara... ¿Tú no sabes quién es la mujer de quien mi hermano está enamorado... ya sé que inútilmente? Comprenderás que de creer otra cosa, nada te hubiera dicho, o... te lo hubiera dicho de otro modo.

ANGELES.—¡Josefina!

JOSEFINA.—¡Era verdad!

ANGELES.—Sí, es verdad... Pero yo te juro...

JOSEFINA.—No jures, pobrecita mía. Yo sé que no juras en vano; por eso mismo, lo vano sería el juramento. Y ¿cómo se atrevió... cómo pudo atreverse?...

ANGELES.—¿Atreverse? Te engañas. A nada se ha atrevido. Ni una palabra nunca que no fuera de respetuosa amistad.

JOSEFINA.—Entonces... ¿Cómo puedes saber?

ANGELES.—¿No lo sabes tú por medias palabras, por silencios de tu marido, según dices? ¿Cómo podía yo ignorarlo, aunque él nada dijera? Y ahora, ¿tendrás razón para decirme: Y, viéndolo, has jugado con el peligro, has permanecido aquí, a su lado? ¿No lo dices? Lo piensas y es bastante.

JOSEFINA.—Sí, en efecto, lo extraño, sin dudar de ti, eso no. Supongo que habrá sido por no llamar la atención a tu marido, que nada habrá sospechado.

ANGELES.—Nada podía sospechar. Yo misma no hubiera podido mostrar esquivez, sin exponerme a que él pudiera decirme en qué fundaba mi actitud, a que él nunca ha dado motivo ni pretexto siquiera. Hubiera parecido presunción en mí, ridículo alarde de espantadiza virtud.

JOSEFINA.—Es verdad. Tu situación era muy delicada.

ANGELES.—Con serlo tanto, aún no me hubiera detenido. Pero, ¡ay, Josefina mía! Tú no sabes, no sepas nunca la tristeza de preguntarse: ¿Qué debemos hacer? Y cuando lo sabemos, cuando nuestra conciencia nos lo dice, la vida, implacable, sólo nos consiente esta pre-

gunta: ¿Qué podemos hacer? Comprendes ahora como yo no debía, no podía comprender... aunque lo comprendiera todo.

JOSEFINA.—Ya ves si yo tenía razón. Este viaje de Aurelio es por ti.

ANGELES.—Tampoco quería yo creerlo. Pero la verdad es inexorable. Sí, sí... hemos vivido en un engaño peligroso... y ahora veo que debo ser yo la primera en hablar... aunque me muera de vergüenza. Aconséjame tú. Eres mi hermana del alma... Ya no me pregunto qué puedo hacer. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer, suceda lo que suceda?...

JOSEFINA.—¡Pobre amiga mía! Si yo hubiera podido sospechar... Creí hacerte un bien.

ANGELES.—Y bien me has hecho. No estés pesarosa. Mira, Joaquín con Aurelio. Ven, ven, no quiero verlos todavía. Joaquín creerá que estás en mi casa. Aún quiero hablar contigo; sólo tú puedes aconsejarme, sólo tú puedes darme el valor que me falta. *(Salen.)*

ESCENA II

Aurelio y Joaquín.

JOAQUIN.—¿Conque era verdad lo que nos habían dicho, que pensabas marcharte desde aquí, sin volver a Madrid siquiera por unos días, sin despedirte de nosotros?

AURELIO.—Sin despedirme, no; hubiera ido a veros.

JOAQUIN.—Una visita de cumplido... No quieras saber el disgusto de Josefina cuando lo supo. Ya la oirás, ya. Te advierto, y con esto supondrás si puede nadie creer otra cosa, que hasta Josefina está en el secreto de este viaje tuyo tan imprevisto. No sabe todavía quién es ella; porque eso sería inconcebible en tu hermana; pero ya lo pregunta como el corregidor de la letrilla. ¿Quién es ella? Si antes de venir a tu casa ha querido ir a casa de Angeles, no ha sido por otra cosa: por si su amiga sabe o sospecha. ¡Figúrate!

AURELIO.—¡Bah! Josefina, con sus antiguallas de

siempre. Como para ella un viaje es algo trascendental que no se concibe si no se ha anunciado y dispuesto con muchos meses de anticipación... Como si este viaje fuera el primero que yo hago así, de repente, en mi vida.

JOAQUÍN.—Está bien. Y estará mejor cuando se lo digas a tu hermana. Conmigo, no; a mí no vas a engañarme. Este viaje podrá ser por tu voluntad; pero no es por tu gusto. Este viaje es una fuga. Por evitar que suceda algo, o... porque ya ha sucedido; eso, allá tú. Si no hay más que mirarte a la cara en estos días para comprenderlo. Estás triste, muy triste, no puedes disimularlo. Esa tristeza es la que me hace creer en la versión más poética: que no ha sucedido nada. Tu fuga es un sacrificio a tu propia estimación. ¿No es eso? Tu propia estimación que para ti, en este caso, significa la estimación de esa mujer; porque, hablemos claro, querido Aurelio. ¿Te importaría tanto desmerecer a tus propios ojos si estuvieras seguro de que, por atreverte a todo, no ibas a desmerecer a los suyos? Es ante ella ante quien tú no quieres abdicar de tu papel de Dios—no se me ha olvidado el cuentecito—. ¡La propia estimación! ¡Bah! Si se tratara sólo de tu estimación, ya te hubieras resignado a perderla... todo lo que puede perderse tratándose de uno mismo. Con uno mismo está uno cumplido siempre. Nuestro corazón guarda tesoros de indulgencia para perdonarnos nuestras faltas por graves que sean.

AURELIO.—Pues bien, sí, acaso tienes razón. Para que ella me estime siempre no dejaré yo nunca de estimarme. Pero no has pensado otra cosa; es que ya no sabría decirte si me asusta más la idea de perderlo todo al dejar de ser para ella el que soy, el que quiero ser, o la idea de no perder yo nada y que ella fuera la que dejara de ser para mí lo que es, lo que yo quiero que sea siempre. Figúrate que por un milagro, una imagen santa de tu devoción fuera cristal de espejo al mismo tiempo, y al rezar ante la imagen, por ser imagen, te mirabas en ella por ser espejo y eras tú mismo la imagen que adorabas.

JOAQUÍN.—Con esas sutilezas sólo has conseguido atormentarte. ¡Peligrosos juegos del corazón! De un co-

razón cansado, porque, con la mano en ese mismo corazón, ¿vas a decirme que hace diez años, pongamos menos, cinco, hubieras adornado esta aventura de tantas complicaciones? Y es que, en esta ocasión, al revés que en la fábula, no son las uvas las que por estar en alto están verdes; eres tú el que está ya maduro. No pretendo ser el Mefistófeles que te rejuvenezca; pero a todo esto, ¿estás seguro de que van a agradecerte el sacrificio? Tu generosidad ha ofrecido sin tasa; pero, ¿no crees que la generosidad del que ofrece debe tener un límite: la delicadeza del que acepta? ¿Podemos decir que en este caso no ha faltado esa delicadeza? ¿Cómo pensaban corresponder al aceptarlo todo de tu generosidad? ¿Con su trabajo, el marido que, por inconsciente, por despreocupado que sea, ha debido comprender que no era mucho? ¿Con su gratitud ella? ¿Nada más que con su gratitud? ¡Gratitud! Y ¿tú no sabes que la gratitud cuando le es imposible pagar siquiera en algo favores recibidos llega a ser una carga, una humillación, y puede llegar a convertirse en odio, como todo lo que humilla y deprime?

AURELIO.—¿Crees entonces...?

JOAQUÍN.—Que el acreedor que no cobra no es tan enemigo nuestro como el deudor que no puede pagarnos. El primero tiene siempre el recurso de insultarnos y desatarse en dicterios contra nosotros, y no hay idea de lo que esos desahogos sostienen una buena amistad. El deudor, decorosamente, no tiene ese recurso. Por eso nuestro deber es facilitarle el medio de pagarnos; por lo menos la ilusión de habernos pagado. En mis tiempos de lucha, de vicisitudes, tenía yo un amigo, un desgraciado, que vivía a mi costa, que me lo debía todo y con nada podía pagarme. Él era el primero en proclamarlo. Parecía que su amistad no había de faltarme nunca. Pues no tardé en advertir que empezaba a odiarme; era un odio reconcentrado el suyo que apenas se traslucía en gestos, en miradas, pero que sabe Dios adónde hubiera llegado si yo no me hubiera dado cuenta. Un día cruzábamos juntos una calle; de pronto avanzó hacia nosotros un automóvil a toda marcha. Esta es la ocasión—me dije—. Fingí que no le había visto llegar, y,

separándome unos pasos de mi amigo, me detuve en medio de la calle... El automóvil avanzaba sin acortar la marcha. Mi amigo me avisó con un grito; yo seguí haciéndome el distraído; entonces, él, de un salto, cayó sobre mí y, sujetándome por un brazo, me arrastró hacia sí con violencia. Yo, exagerando el peligro, me abracé a él trémulo de emoción, muy bien simulada. ¡Me has salvado la vida—le dije—, me has salvado la vida! Hombre, no tanto—replicó él—. ¡Sí, sí, te debo la vida, te debo la vida!... No tardó en convencerse. Yo referí el salvamento a todo el mundo, con las mayores ponderaciones. Mi amigo reventaba de orgullosa satisfacción al oírme. Desde entonces, cuando me pedía algún nuevo favor, que era todos los días, y se mostraba cohibido, como temeroso de abusar, yo desvanecía al punto sus escrúpulos: ¡No faltaba más; si te debo la vida! ¿Qué puede negarse a quien nos ha salvado la vida? Y gracias a esta ilusión de haberme pagado, fué ya siempre mi mejor amigo y no volví a tener de su amistad la menor queja. Aplica el cuento. Ya que tanto te importa la estimación de esa mujer no vayas a perderla de puro sacrificarte por no desmerecer en su concepto. Déjate pagar de alguna manera, y piensa sobre todo que si es temible que una mujer diga de un hombre: ¡Qué miserable!, es más temible cuando piensa, sin decirlo: ¡Qué tonto! Los ataques a su virtud los perdonan siempre las mujeres; los desaires a su hermosura no suelen perdonarlos... Y cualquiera que me oyese, creería que yo era aquí el corrido en aventuras amorosas y tú el novicio inexperto... ¡Chits! ¡Chits! Josefina y ella... Josefina le habrá hablado de ti con la mayor inocencia. Veremos si se ha dado por entendida.

ESCENA III

Dichos, Angeles y Josefina.

AURELIO.—Josefina...

JOSEFINA.—¡Hermano! ¡Hermano!

AURELIO.—¿Estás muy enfadada conmigo? Me ha dicho Joaquín...

JOSEFINA.—Sí, es verdad, estaba muy enfadada... Tus proyectos de viaje cuando creíamos que ya estarías siempre con nosotros... y pensabas marcharte sin despedirte.

AURELIO.—Eso no; hoy comeremos aquí juntos y mañana almorzaré yo con vosotros. ¿No es bastante para despedida? ¿Pasó ya el enfado?...

JOSEFINA.—Después de hablar con Angeles ya no es enfado, es tristeza; una pena muy grande.

AURELIO.—¿Qué ha podido decirte?

ANGELES.—Aurelio, es necesario que hablemos usted y yo.

JOSEFINA.—Sí, Angeles quiere hablar a solas contigo.

ANGELES.—No es que haya de ser un secreto para nadie, mucho menos para ti, mi hermana del alma. Es que... yo quisiera figurarme que hablo para mí sola, que pienso en alta voz, para saber yo misma lo que he pensado y por cobardía he querido aturdir con otros pensamientos.

JOAQUIN.—*(A Josefina.)* Ella te ha dicho...

JOSEFINA.—Sí, ¡este hermano mío!... ¡Pobre Angeles!

JOAQUIN.—Por lo menos es franca. Otra no se hubiera dado por entendida. Hasta luego.

ANGELES.—¡Josefina!

JOSEFINA.—Vamos, ¿qué temes ahora? Hasta muy pronto. Joaquín y yo daremos un buen paseo por esos jardines, después comeremos todos juntos; celebraremos el arrepentimiento de un pecador que alguna vez había de encontrarse con la virtud en su camino. Vamos, Joaquín. ¿Qué te decía yo, que Aurelio andaba enamorado?

JOAQUIN.—¡Qué no adivinarás tú!

JOSEFINA.—Hasta se me ocurrió pensar en Angeles.

JOAQUIN.—Pero ¿te pareció inverosímil?...

JOSEFINA.—Naturalmente... A no habérmelo dicho ella... Una mujer casada y tan amiga nuestra.

JOAQUIN.—Sí, era inverosímil. ¡Josefina mía! *(Salen Josefina y Joaquín.)*

ESCENA IV

Angeles y Aurelio.

ANGELES.—Perdóneme usted... perdóneme usted...

AURELIO.—¿Perdonar yo?

ANGELES.—Sí, sí, tiene usted mucho que perdonarme. Si yo supiera lo que después de haber hablado podía usted pensar de mí, acaso no hablaría como quiero hablar. No he previsto nada. Dejaré hablar a mi corazón, el de usted hablará también y será la verdad. Hemos vivido en un engaño peligroso y sólo la verdad puede salvarnos.

AURELIO.—¿Y sabemos nosotros mismos la verdad de nuestros sentimientos?

ANGELES.—Dejando hablar a nuestro corazón, hablará la verdad. No pensemos si será dolor o alegría; si la buscamos para nuestra conveniencia, ya no sería la verdad. Yo seré la primera en acusarme... Sí, sí, no tengo disculpa. Usted se habrá preguntado muchas veces: pero ¿esta mujer es mujer? Y ¿no ve, no comprende? Y si ve, si comprende, ¿cómo juega así con el peligro, cómo se complace en él? Sea usted franco, Aurelio. ¿Qué ha pensado usted de mí? ¿Ha creído usted que yo no comprendía o que no quería comprender? ¡La verdad, Aurelio, la verdad! Es su hora.

AURELIO.—¿Quiere usted saber lo que he creído, lo que yo creo de usted? ¿Para qué mentir si yo he sido su cómplice y seguiría siéndolo mientras usted quisiera? Es usted la mujer enamorada que defiende su amor de todas las miserias de la vida; la primera, el carácter de su marido, débil, inconstante, y como todos los débiles voluntariosos sin voluntad, violento sin energía, necesi-

tado de una protección fuerte, que para no alarmar su vanidad de hombre sepa ocultarse entre suavidades de caricias... Usted lo ha aceptado todo por él; entre mi protección y su confianza se interponía siempre la verdad de ese cariño, que para él era seguridad sin permitir sospecha; para mí era... adoración y respeto que la hubiera permitido a usted siempre este engaño de todos que era una sola verdad para usted. Y esa verdad de su cariño apasionado era mi pasión por usted... Yo hubiera querido que usted no lo comprendiera nunca para que aún hubiera usted aceptado de mí todo lo que yo hubiera querido ofrecer para verla a usted aún más dichosa, sin temor y sin desconfianza por haberlo aceptado. Otro hombre la hubiera querido a usted... como se quiere, como yo he querido tantas veces... con egoísmo de hombre... Yo la he querido a usted porque no podía usted quererme, y, no obstante, sabía... sabía, sí. ¡Ya ve usted cómo he sabido quererla! Que si yo hubiera exigido... exigir no, suplicado con llanto del corazón, una limosna de su cariño, usted... por mí no, por él, por él siempre, se hubiera usted compadecido de mí, pero con el corazón destrozado al sucumbir, heroica, sublime, con ese dolor que desgarra el alma y la ilumina al mismo tiempo, ese dolor que yo conozco, que es el del sacrificio; porque usted no habrá nunca pensado de mí que yo, un hombre, un hombre fuerte que ha sabido luchar y vencer en la vida, podía ser tan cobarde, tan bajo, para no callar siempre, para no defender a usted contra usted misma, si usted hubiera llegado a creer que sólo con el sacrificio de tanta virtud podía corresponderse a tanta adoración.

ANGELES.—¡Dios mío! ¡Aurelio! Habla usted por mí, es mi corazón el que habla por usted, y cuando yo creía acusarme, usted me perdona como no me hubiera perdonado nunca. Sí, eso he sido, eso soy: una mujer enamorada con toda su alma, con todos sus sentidos... Y valerosa y cobarde, porque he visto con espanto cómo se pierde la confianza, la estimación, que es todo el cariño, ante la angustiosa pobreza que todo lo entristece... Y he tenido miedo y me he atrevido a todo, y he sido egoísta y he querido engañar y engañarme, hasta creer que yo nada significaba para usted.

AURELIO.—¿Podría usted creerlo?

ANGELES.—No lo creía, no; quería creerlo, para no sentirme culpable; quería yo pensar que bastaría siempre con atenernos a las apariencias; la bondad de usted, nuestra gratitud... Cuando habló usted de emprender ese viaje aún fuí más egoísta, no quise comprender que ese viaje era para usted un sacrificio, una tristeza... Ahora lo veo, no he sido yo sola, sus hermanos de usted lo dicen, lo saben... y tendrían razón para culparme. No, usted no se irá, usted no puede desbaratar su vida cuando ha venido usted a buscar descanso en el cariño de los suyos. Ese viaje es una generosidad más de su corazón que sería para mí un remordimiento toda la vida... No, no se irá usted, por lo que más quiera.

AURELIO.—¿Y no sabe usted que ver a usted dichosa es lo que más quiero en esta vida? Y si por haber dejado hablar a nuestro corazón en esta hora, que para mí vale toda mi vida, fuéramos a desistir de nuestro sacrificio, usted por él, yo, porque usted lo quiere, ¿no sería separar nuestras almas para siempre? Sin dolor y sin sacrificio no sería yo tan dichoso en este instante. Si hubiera querido ser hombre, ya estaría pagado con su desprecio y mi vergüenza. No me he sacrificado por usted; no sienta usted remordimientos; me he sacrificado por mí, por mi propia estimación, por salvar lo mejor de mí mismo. Toda mi recompensa será vivir en su recuerdo, ni siquiera como soy, como he sido, sino como algo lejano, confundido con sus recuerdos de niña, como un santo de sus oraciones, como un mago bondadoso de sus cuentos...

ANGELES.—Como un santo, como el hombre más bueno del mundo. Aurelio... déjeme usted besar su mano generosa.

AURELIO.—¡Hija mía! ¡Criatura mía! Un solo beso en la frente. ¡Claridad del alma!

ESCENA V

Dichos y Pepe.

PEPE.—¡Angeles!

ANGELES.—¿Eh? ¿Estabas ahí? ¿Llegas ahora?

PEPE.—Sí.

AURELIO.—Entre usted, entre usted. Nos encuentra usted algo emocionados. Mi hermana se ha propuesto que yo desista de mi viaje. No contenta con sus sermones, ha querido valerse de Angeles... ¡Hemos recordado tantas cosas! Piense usted que Angeles era una chiquilla cuando yo era ya todo un hombre... Debo ser para ella un hermano mayor, un padre.

PEPE.—Sí... ¿No vamos a casa?

ANGELES.—¿Has venido a buscarme?

PEPE.—No... Me encontré a Josefina con su marido, le pregunté dónde te habían dejado, me dijeron que estabas en casa, fuí allí, no te encontré...

ANGELES.—Los dos sabían que estaba yo aquí.

PEPE.—Sí, sí... me lo dijeron... no me acordaba... no sé lo que digo.

ANGELES.—¿Qué te sucede? ¿Por qué me miras así?

AURELIO.—¿Qué dice usted?

PEPE.—Nada; no digo nada... Vamos, vamos pronto. Tú sabes que nada puedo decir aquí.

ANGELES.—Aquí, ahora mismo has de decirlo todo. ¿Qué piensas? ¿Qué has creído?

AURELIO.—¡Ah! Me ha visto usted llorar, me ha visto usted besar su frente, y ha sido usted capaz de creer...

PEPE.—No creo nada.

AURELIO.—¿Qué ha creído usted, pregunto?

PEPE.—Y yo no puedo contestar a usted todavía. Se lo debo a usted todo, todo, y antes de hablar como hombre, sé lo que me corresponde hacer como caballero.

AURELIO.—Nada me debe usted.

PEPE.—¿Se considera usted bien pagado?

AURELIO.—¿Qué ha dicho usted?

ANGELES.—¡Qué infamia!

PEPE.—¡Vamos vamos de aquí!

ANGELES.—No, ahora no; contigo, no.

AURELIO.—Piense usted que creyéndose usted el ofendido pudiera ser yo quien le pidiese cuenta de sus palabras... no por ofenderme a mí, por ofenderla a ella... Y si cree usted lo que cree, sólo por haber sentido la ofensa de su honor antes que la herida en su corazón que ya debiera haber sangrado llanto si es verdad que duda usted del cariño de esta mujer... sólo por eso, ya la ha ofendido usted con el pensamiento, más que ella y yo pudiéramos haberle ofendido si fuera verdad... Y ¡merecía usted que lo fuera! lo que usted supone.

ANGELES.—¡Aurelio!

AURELIO.—¡Déjeme usted! Si ha de creer en usted no por lo que podamos decirle. Todas las razones del mundo, la evidencia misma sería ofender a usted... Ha de creer en usted con el corazón, como se cree lo que no se ha visto, lo que no se sabe, lo que no necesitamos saber para creer en ello con toda el alma.

PEPE.—Yo no he dudado de ella. No podría dudar.

AURELIO.—¿Es de mí, entonces? De mí, cuando ha visto usted con sus ojos. Si no ha visto usted más con los ojos del alma, bien puede usted decir que se ha engañado miserablemente.

PEPE.—De usted lo temía todo. No he podido engañarme.

AURELIO.—¿Qué sabe usted? Si me ha creído usted un seductor vulgar se ha engañado usted. Y ya que quiere usted mirarme como a enemigo quiero serlo leal con usted. En mis conquistas, sépalo usted, he sabido estimar siempre lo que más valía y he sabido conquistarlo para mí siempre que he querido. Si era una hermosura sin alma, la hermosura; el alma, si era el alma lo más hermoso. Piense usted que por desconfiar de mí ahora cuando en mi corazón todo es serenidad, por dudar en este instante... tal vez, puede ser usted mismo el que va a hacerme dueño de su alma. Mire usted a sus ojos, que aún le miran a usted con la tristeza del cariño ofendido, caiga usted ante esa mujer de rodillas antes de que pueda mirarle con desprecio... porque entonces... a pesar suyo, a pesar mío, estaré siempre en su pensamiento: entre los dos yo sería siempre el que más vale, el que

debió haber sido, el que es siempre ilusión porque es siempre esperanza. Nada podría usted ya contra mí y la habría usted perdido para siempre... No dirá usted que no soy enemigo leal... Aún está usted a tiempo de defenderse.

PEPE.—¿Qué quiere usted decir?

ANGELES.—Perdónele usted, Aurelio.

AURELIO.—Atiéndame usted con calma. Para juzgar de mi conducta, olvide usted otras historias semejantes, su pobre experiencia del mundo de nada ha de servirle en este caso. La verdad de cuanto ha pasado por mi corazón la hallará usted en ese corazón que es todo de usted. Si usted no acierta a comprenderle, sólo usted será el desgraciado. Sólo quiero que tenga usted en cuenta... que crea usted lo que crea, decida usted lo que decida... yo no he de consentir que atormente usted a esta mujer con la sombra de una sospecha, no he de consentirle tampoco que, en nombre de su honor, de su dignidad, lo que usted quiera, pretenda usted entristecer su vida con miserias ni privaciones. Yo me iré mañana muy lejos... alegre el corazón, como un padre que va a trabajar por la felicidad de sus hijos. ¡De sus hijos! Mire usted estas canas. Sería yo un miserable si no le confesara a usted que en otro tiempo el corazón hubiera podido más que todo. Hoy he podido vencer al corazón..., y como dijo un poeta: cuando la cordura pasa por nuestras almas, la fatalidad retrocede y no hay tragedia posible en nuestra vida. Ahora, la fatalidad se cierne sobre su corazón, en su corazón está la palabra de vida o muerte. Sólo quiero que piense usted si no sería muy triste, cuando estoy seguro de mí mismo, cuando he conseguido el triunfo más difícil en lo humano, poner de acuerdo la verdad de mi corazón con la verdad de mi conciencia; que una casualidad con apariencias de culpa, pudiera disponer en este instante de nuestra vida de un modo irreparable. ¡Poco valdría ser hombre si así fuera! Ahora, que su corazón le ilumine.

ANGELES.—Y si dudas de ese gran corazón, duda también del mío.

PEPE.—*(A Angeles.)* Perdóname, perdóname. Pero ya no volverás a quererme como me has querido.

ANGELES.—¿Por qué lo dices?

PEPE.—Lo sé, lo siento. Lo mejor de tu alma ya no será nunca para mí. Pero yo no he dudado de ti nunca.

ANGELES.—Y si yo hubiera dudado de él, de su corazón generoso, de la grandeza de su alma, ¿me hubieras visto acercar mi frente con orgullo al beso de su boca?

AURELIO.—Y ¿pudo usted creer que frente tan limpia de todo mal pensamiento, pueda besarse con labios que no estén limpios de todo mal deseo?

ESCENA VI

Dichos, Josefina y Joaquín.

JOSEFINA.—¡Ah! ¿Encontró usted a su mujercita?

ANGELES.—Ya lo ves; aunque no quisiste decirle dónde estaba. ¿No sabías que entre nosotros no puede haber secretos ni mentiras?

JOSEFINA.—¡Por Dios! No habrá sospechado nada malo. Angeles tenía encargo mío de hablar con Aurelio. ¿Desiste de su viaje después de hablar contigo?

AURELIO.—Al contrario; ahora más que nunca es inaplazable. Pero ya no voy triste porque no voy solo.

JOAQUIN.—¿Que no vas solo?

AURELIO.—No; llevo conmigo una gran alegría que llena mi alma; lo mejor que podía darme la vida y... si algo bueno puede darnos la vida es porque lo mejor de la vida hemos dado..., que renunciar es poseer.

TELÓN